

Ignacio Pirovano

PROF. DR. DONATO DEPALMA

Nació en Buenos Aires el 23 de agosto de 1844. Hijo de Aquiles Pirovano, italiano, de profesión platero y de Catalina Ayeno, argentina. En sus venas se fusionaron sangre austríaca, por el lado materno, y corsa, la de su padre, un médico que actuó con Napoleón Bonaparte en la campaña de Rusia.

Cursó sus estudios secundarios en el Colegio Central (hoy Colegio Nacional de Buenos Aires), donde tuvo como preceptor a Amadeo Jacques, el inolvidable maestro de la generación del 80'. Previo ingreso en Medicina, estudió Farmacia, capítulo descrito por Eduardo Wilde, en su libro *Páginas Escogidas*. Su paso por aquellas aulas se registra en 1865 y la obtención de su certificado le permitirá más tarde, acceder a la carrera médica.

El 21 de julio de 1866, Juan José de Montes de Oca, Presidente de la Facultad, le concede el diploma de Licenciado en Farmacia, cuyo original se conserva en la Asistencia Pública de la localidad de Pirovano.

Las prácticas sobre "El Arte del Boticario" las realizó en la Farmacia Cóndor de Oro, de Luis Soares ubicada en Corrientes y Maipú (antigua calle de Los Mendocinos). La botica elegida por Pirovano era de las reconocidas, y su fama aglutinó una dispensiosa selecta clientela. En su trastienda enmarcada por estanterías colmadas de potes, frascos esmerilados, morteros y probetas, el joven Ignacio a modo de viejo alquimista, sopesaba cuidadosamente los "simples" que las recetas magistrales combinaban en forma de unturas, brebajes, pociones, pomadas, jarabes, carminativos y mixturas.

Al igual que hasta hace pocos años, en la trastienda se reunían los vecinos más conspicuos y comentaban los sucesos más trascendentes, que de cuando en vez, sacudían la serenidad de la incipiente ciudad.

En la Facultad de Medicina, Pirovano tuvo como compañeros del primer curso a Diego Pérez (oriental), a Sidney Tamayo, Leonar-



do Gonzales Garaño, Parides Pietranera y Pedro Florencio Roberts. Los cinco triunfaron, excepción de Pietranera que cayó víctima de la fiebre amarilla antes de graduarse. Durante los seis años que duraron sus estudios, Pirovano aprobó los exámenes con "Sobresaliente por Unanimidad", culminando su carrera con el trabajo "Herniotomía" que se publicó en 1872.

Como sostienen Ivanishevich y D'Onofrio, la Tesis debería llamarse "La herniotomía en la hernia estrangulada", ya que en sus proposiciones se denuncian las viejas rutinas conservadoras y se preconiza el tratamiento quirúrgico inmediato. Aquella novísima concepción que en nuestros días resulta indiscutible frente al diagnóstico de hernia irreductible, por aquel entonces era controvertida, y no pocas veces rechazada.

La originalidad de la presentación motivó efusivas felicitaciones y permitió dar un paso importante en la evolución del pensamiento médico-quirúrgico ochocentista. Se afianzaban así los conocimientos anatómicos y se impulsaba una cuidadosa técnica operatoria para resolver esta frecuente patología inguinal.

Razones coyunturales acaecidas en 1872 ofrecen al eximio disector del viejo "Hospital General de Hombres" (ex hospital "Betlemítico" o de la "Residencia") la oportunidad de trasladarse a Europa. Su periplo se extenderá a París, Inglaterra, Alemania e Italia. Fue en realidad la escuela francesa la que le permitió abreviar en las fuentes del Positivismo, nutriéndole generosamente con los más recientes conocimientos.

Alentado por las experiencias de Pasteur en el cosmos de los gérmenes, en la Sorbona (Sede de la Universidad de París) comprendió la importancia de la antisepsia y se hizo francamente "Listeriano". Imbuido del saber científico parisino, Pirovano reinicia los trabajos anatómicos comenzados en el lóbrego anfiteatro del Hospital de Hombres de Buenos Aires, hasta inventa una jeringa o "apara-

to de inyectar” para hacer más evidentes las venas y las arterias de sus preparaciones y mostraciones. Una de la piezas que llegó hasta nuestros días, cuidadosamente custodiada por sus descendientes, constituye el testimonio más fehaciente de la prolija tarea realizada por nuestro compatriota. Trátase de una mano con manchas de vitiligo obtenida en el “Hospital de la Caridad” que fue inyectada con una solución al 45% de cloruro de zinc, con el propósito de fijarla y mantenerla incorruptible sin que se modificaran las lesiones dérmicas. Le ayudó en aquella experiencia su compañero de claustro Florencio Roberts.

Durante su viaje de estudios, Pirovano participó de las secciones operatorias que Jules Pean profesaba en el Hospital “Saint Louis” y en la “Clínica Levallois Perret” instalada en los suburbios de París. Allí conoció las pinzas hemostáticas, que universalmente son reconocidas con el nombre de Pean.

Citado por el urólogo Reliquet, Pirovano ayudó o presenció distintas intervenciones realizadas por el insigne especialista. De aquél aprendió todos los secretos de la litotricia. Más tarde en Inglaterra se compenetró de la técnica de William Ferguson, eminente cirujano del “*Kings College*” de Londres, sitial quirúrgico donde comenzaría con diversos abordajes laparotómicos, “la conquista del abdomen”. Pasó luego a las Clínicas alemanas donde los avances de la cirugía exaltaban socialmente las figuras preeminentes del estamento médico y les permitía alcanzar un prestigio casi mítico entre las clases populares. Allí existía y se cultivaba una cirugía de esplendor y un excelente campo para la cirugía de urgencia y la exerética; no ya como aventura sino como técnica metodológica y como fuente de investigación.

Posteriormente visitó Florencia, donde también se preconizaba una cirugía innovadora y allí culminó su viaje de estudios .

Con su bagaje atiborrado de nuevas ideas, Pirovano regresó al país en 1875 con el íntimo deseo de elevar aquel horizonte quirúrgico condenado a una desaprensiva inmovilidad. Lo alienta su juvenil entusiasmo y su fogosa vocación científica, mientras se continúa operando en ropas de calle. Solo él impondrá la blusa con mangas acortadas.

Se insistía en el empleo de la esponja impregnada con pus de diversos pacientes, aún para curar las heridas limpias, y se extendía la vergonzante “podredumbre” de hospital señoreando con sus heraldos de dolor y de

muerte. No eran raras las estadísticas que certificaran el 25% de mortalidad por septicohemias.

No resultara ocioso señalar que durante su permanencia en el “Viejo Mundo”, Pirovano había incursionado en el apasionante campo de la Anatomía Patológica –materia muerta que enseña a los vivos– desplegando para con aquella rama de la medicina, una inusual solicitud, a tal punto que en marzo de 1876, de acuerdo con los nuevos cursos implantados por la reforma, dictará temas de Histología Normal los lunes, miércoles y viernes de Anatomía Patológica, los martes, jueves y sábados, en el horario de 9 a 10 horas. Histología se extendía al primero, segundo y tercer año y Patología se hayaba inserta en el cuarto curso.

Samuel Gache, en su emotiva oración fúnebre publicada en “La Nación”, lo recuerda a Pirovano dictando Histología, siempre de pie, reforzando los conceptos vertidos con dibujos magistrales dibujados sobre el pizarrón, arte en que era diestro y que evidenciaba su delicado sentido artístico, heredado por su hijo y por su nieto.

El aula y el laboratorio de la Facultad se hallaban en el antiguo predio de la calle “Del Comercio” (hoy Humberto I^a 53), frente a la vieja iglesia de San Pedro Gonzales Telmo y del Hospital Gral. de Hombres, y allí nuestro meritorio cirujano, trabajó sin reservas en la ingente obra que se había propuesto: conocer la estructura de los tejidos normales para comprender el desarrollo de los procesos mórbidos.

Las técnicas histológicas empleadas por Pirovano, comprendían: fijación de los tejidos con ácido pícrico, inclusión con solución de goma y alcohol y cortes con navaja. Las coloraciones las realizaba con ácido pícrico, picrocarmin amoniacal, ácido ósmico, nitrato de plata y licor de Fehling para la investigación de glucosa. El material recibido procedía de diversos orígenes, pero fundamentalmente llegaba del Hospital de Hombres del Hospital de Mujeres y del Hospital de Niños.

Como observará el lector, esta faceta no tan conocida de la formación de Pirovano, justifica que se le considere el precursor de los estudios de Anatomía Patológica, asignatura de la que sería luego el fundador y impulsor Telémaco Susini. Recordamos que en el solar de aquella facultad de Medicina se levanta hoy la escuela Guillermo Rawson y que de aquel retazo de la “gran aldea” solo

quedan como testimonio insobornable, dos magnolias seculares.

Habíamos comentado en un párrafo anterior que Pirovano, impresionado por la rigurosidad de los métodos preventivos se había declarado "Listeriano". En efecto, el método de Lister consistía en emplear generosamente los antisépticos: ácido carbólico o fénico. En estas soluciones se sumergían las compresas, los campos quirúrgicos, las esponjas y el instrumental, y se cubría la zona operatoria con la misma solución. Igual atención se prestaba a las manos del operador y sus ayudantes, rociándose con un pulverizador la sala de operaciones, o el improvisado ámbito quirúrgico, donde debía llevarse a cabo la intervención; no olvidemos que muchas intervenciones quirúrgicas se realizaban en casas particulares.

Finalizado el acto operatorio se cubría la incisión con apósitos herméticos, con el propósito de evitar la contaminación ambiental.

Pirovano hizo un credo de aquella sistematización y se transformo en su tenaz defensor. De allí que el 18 de junio de 1877 en la Asociación Médica Bonaerense, que presidía el Dr. Montes de Oca, solicitó apoyo para imponer el procedimiento antiséptico de Lister.

Cronológicamente le corresponderá a Pirovano el mérito de iniciar una nueva etapa de la cirugía argentina. Más tarde, Alejandro Castro, su discípulo preferido, iniciará sus experiencias en el Clínicas (Antiguo Hospital Buenos Aires), y Juan B. Justo en 1889 acuñará definitivamente la profilaxis de las infecciones.

Reafirmemos que Pirovano fue el primero en dar a conocer el empleo de las pinzas de Pean en la ovariectomías y el primer cirujano porteño que operó en blusa (remedo del ac-

tual camisolín) y no con ropa de calle, la clásica levita.

La estela luminosa de su trayectoria, conduciría a Pirovano a ocupar la Cátedra de Clínica Quirúrgica del Hospital de Clínicas, nombramiento que fuera refrendado el 12 de enero de 1883 por el Gral. Roca.

Su paso por la Cirugía Infantil lo verificamos en los anales del "Segundo Hospital de Niños", su ubicación: Arenales 394, del antiguo Catastro Municipal, entre Paraná y Uruguay (el primero se hallaba en el ángulo sudoeste de las Calles Victoria, Hoy H. Irigoyen y Virrey LIniers). El 20 de marzo de 1878 la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires acuerda conferirle la responsabilidad de asistir a los pequeños pacientes quirúrgicos y le envía el testimonio que figura más abajo.

¿Cómo era el segundo hospital?

El edificio que perteneciera a un conocido ingeniero, fue sometido a reformas para adaptarlo a su nuevo destino. Comenzó a funcionar con una marcada demanda asistencial, inaugurando nuevos servicios. El de Cirugía, constaba de dos salas con internación, separadas por un pasillo central; la de la izquierda destinada a varones, la de la derecha a niñas. Ambas convergían en una tercera que albergaba el quirófano.

Los pabellones de Cirugía estaban unidos por un pasillo que conducía a un patio rodeado de habitaciones ocupadas por las Hermanas de Caridad, la Botica y las salitas de aislamiento. Dos pequeños ambientes destinados a enfermos de difteria se abrían a un nuevo patio y finalmente en el fondo se encontraba el lavadero, las calderas para hervir la ropa y un espacio libre de 15 por 30 m para pacientes convalescientes.

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA DE BUENOS AIRES

Buenos Aires marzo 20 de 1878

Al Sr. Dr. Don Ignacio Pirovano,

Conociendo la Sociedad de Beneficencia, por intermedio del Dr. Ricardo Gutiérrez, los buenos deseos con que Ud. se encuentra para desempeñar el delicado cargo de CIRUJANO DEL HOSPITAL DE NIÑOS, ella agradeciendo sus ofrecimientos los acepta ha acordado nombrar a Ud. CIRUJANO del establecimiento mencionado.

Este motivo me ofrece la ocasión de saludar a Ud con la consideración más distinguida,

Petrona V. de Cordero
Presidenta

Adela B. de Peña
Secretaria

Refiere el Dr. Vogliano en los antecedentes históricos del aquel hospital que: veinte años permaneció el Nosocomio en Arenales probablemente sus dos más fructíferas décadas. Elocuentes estadísticas demostraban su competencia para asistir un número cada vez mayor de enfermos, con una idoneidad que no le iba en zaga a la cantidad de trabajo que exhibía (en 1884, por ejemplo, se hicieron 625 operaciones, entre ellas 9 amputaciones, 16 labios leporinos, cálculos vesicales, nomas, etc.).

Durante ese período, descollaron en los medios quirúrgicos —entre otros, los doctores: José María Jorge, Adalberto Ramauge, Juan Pujol, Alejandro Castro, Fernando Pérez y Juan Torrent. Todos ellos trabajaron en un ámbito modesto, humilde, pero con incontenible vocación hipocrática y bajo la sombra tutelar de Ricardo Gutierrez.

Pirovano inicia y desarrolla la cirugía infantil en la Argentina con ajustada relevancia científica. Funda la cirugía plástica y reparadora, presentando la más larga serie de operados de labio leporino. Por entonces, afirma Vaccarezza, las intervenciones sobre deformaciones eran conocidas como “cirugía de ornato”.

Dentro de su dilatada casuística figuran 35 operaciones de labio leporino, efectuadas en el curso de 5 años, sin mortalidad. Uno de los pequeños operados, sometidos al cloroformo, solo contaba con 24 hs de vida y se salvó. Afirmó las modernas concepciones de la ortopedia infantil, tratando racionalmente y con inefable valor humano a los niños atacados de tuberculosis osteoarticular.

Fue Ignacio Pirovano el introductor en nuestro medio de la extensión continua para reducir suave y progresivamente las posiciones —en “flexión”— de los miembros inferiores y su inmovilización posterior con vendaje escayolado. Sugirió el empleo de aparato de descarga para permitir la deambulacion de los niños con coxalgia, e introdujo, mientras aun permanecía en Europa, un microscopio, tal vez un “Nacht”, para aplicarlo a estudios histopatológicos.

“No será el primer microscopio llegado a Buenos Aires. Cleto Aguirre, ya lo utilizaba en Oftalmología y la Facultad, ya había comprado otro, pero destinado al aula de Botánica mediante una donación realizada por el Sr. de la Serna.”

Desempeñó su apostolado con idoneidad y volcó en él su más preclaras dotes huma-

nísticas. Su actuación se prolongó más allá de sus fuerzas.

Alberto Costa, practicante graduado en 1878, al documentar la memoria elevada, en 1877 recuerda “ (...) Volvemos a repetirlo, si nos fuera posible publicar detalladamente la estadística de las operaciones practicadas por el Dr. Pirovano, podríamos probar que es la más benigna entre las de todos los Hospitales de la Ciudad (...)”.

Se deduce de lo expuesto en esta reseña, y en ellos están acordes biógrafos e historiadores, que Ignacio Pirovano debe considerarse el paradigma de la Cirugía Infantil Nacional y le correspondió al viejo Hospital de Niños el mérito de haber sido su cuna.

Aquel espíritu privilegiado abstraído por la contemplación de la naturaleza y el sufrimiento de tantos niños fue lentamente asediado por el drama de su propia enfermedad.

Un buen día, apunta el Dr. Daniel Cranwell, supimos que había llamado a su discípulo Alejandro Castro para que le extirpara un ganglio del cuello. Él mismo practicó el estudio microscópico de la pieza, y no obstante la opinión optimista de Castro, pronunció el fallo irrevocable. Se trataba según él del mal terrible que no perdona, contra el cual había luchado toda su vida de cirujano y con muy pobres resultados. Desde ese momento consideró su situación con el más sereno estoicismo y se retiró por completo buscando en la soledad y la meditación el reposo de su alma atormentada.

Se refugió en su hermosa residencia del Tigre; salía solitario en su lancha para visitar las plantaciones de la isla sobre el Caraguata, o recorría como en sus mejores tiempos las aguas turbias y tranquilas de los arroyos del Delta, bajo la sombra de los soberbios álamos y entre las ramas colgantes de los sauces, aspirando con la más profunda melancolía el aroma de los jazmines, las olorosas gardenias y madre selvas. Esperó su último día como un discípulo de Epicteto, es posible que repitiera las palabras del filósofo estoico: *“Cuando la hora venga moriré, pero moriré como debe morir un hombre que no hace sin devolver lo que se le ha prestado”*.

Conversó siempre de su enfermedad como si se tratara de otra persona, procuró consolar y tranquilizar a su familia y se murió con la serenidad del justo en el eterno y misterioso sueño de la muerte.

La impresión que produjo la partida del gran cirujano fue extraordinaria. Según las

crónicas de la época, el teatro de la Ópera, en plena temporada quedó desierto porque la sociedad de Buenos Aires adhirió al duelo, concurriendo como último homenaje a velar los venerados despojos.

Delfina Mitre de Drago evoca de inmediato al gran cirujano en una delicada página llena de emoción y ternura: *“Sencillo hasta rayar en lo campechano, sabio con alma de artista. Amaba el dibujo, la pintura, la escultura, los pájaros y el campo.”*

Carlos Pellegrini, su compañero y amigo de toda la vida publica entre sollozos una sentida oración fúnebre, haciendo resaltar las hermosas cualidades que adornaban al cirujano, al artista y al hombre: *“Sentimos que algo nos falta –decía– algo como el centinela armado que velaba por nuestra vida contra el ataque de enemigos invisibles. Pero había en él algo más grande que su ciencia, y era la inagotable bondad de su alma. En el trato íntimo, este atleta tenía ternura de niño”.*

Eduardo Wilde, su compañero de los mejores tiempos abandona por un momento su cinismo cruel, la sarcástica ironía, el alegre y fino humorismo, para protestar de los absur-

dos de la naturaleza que destruye en un instante a un médico como Pirovano, con todo su caudal de arte y conocimiento. Exalta su bondad y delicadeza, la ausencia de vanidad y tentaciones: ¡“Pobre Pirovano! –dice– todo sabía, menos gozar de sus ventajas.”

Al día siguiente de su muerte, sus discípulos y amigos quisieron perpetuar su memoria haciendo erigir un gran monumento en el centro del Hospital de Clínicas, precisamente en el sitio donde pasaba todos los días para concurrir a su servicio.

En la localidad de Pirovano, centro de sus grandes actividades agrícolas, se levanta un artístico monumento, obra del escultor Drivier, discípulo de Rodin. El busto de Pirovano, en bronce y de corte clásico corona una columna blanca.

Una localidad de la provincia de Buenos Aires y un Hospital en la Capital de la Nación se conocen por su nombre, y la tradición seguirá recodando al maestro máximo de la Cirugía Argentina en el último cuarto del siglo XIX, que como dijo Pellegrini, “fue grande, noble, sabio y bueno”.

*“El pasado no pasó. Algo de él siempre perdura.
Es aviso del presente y advertencia del porvenir.”*

CERVANTES